

Queridos hermanos:

hoy se recuerda el martirio de San Juan Bautista, que conocemos muy bien; todos nosotros hemos meditado muchas veces sobre su figura.

Hoy querría detenerme con vosotros sólo en este versículo del salmo que es la llave de todo: *En ti Señor me refugio, nunca me vea defraudado.*

¡Qué bien cuando desde el corazón de un creyente se levanta a Dios esta expresión! *Me refugio, nunca me vea defraudado.*

En esta afirmación, si lo pensáis bien, está todo el centro de nuestra fe: **nunca seré defraudado porque Dios es fiel y nuestra esperanza está en esta fidelidad de Dios.**

Me he refugiado en ti, he encontrado amparo en ti, he buscado socorro en ti, porque he entendido que sólo tú puedes sostener mis pasos, iluminar mi vida.

He entendido que todo lo que es terreno, perecedero, parcial, no puede satisfacernos, no puede ayudarnos.

Tampoco nosotros mismos somos adecuados en nuestra existencia, siempre imperfectos y carentes, tenemos que utilizar a lo mejor posible nuestras facultades, pero sabemos que son débiles y dudosas. Es por eso que Dios nos socorre.

*En ti Señor me refugio, **nunca** me vea defraudado.*

Eso es: **¡refugiémonos en el Señor!**

Pensemos en San Juan Bautista que se amparaba en el Señor, oraba y confiaba en Él, aunque debió dar su testimonio extremo.

Más bien, para él esta fue la cumbre de su existencia, por eso podemos considerarlo un beato, como nos recuerda el salmo 2: *beato quién en Él se refugia.*

Entonces, intentamos desarrollar en nuestra vida cotidiana, por lo posible, esta serena confianza.

El camino de la fe es este: crecer en la confianza de la Gracia de Dios, sobretodo en los momentos difíciles de nuestra existencia.

Alabado sea Jesucristo.